

Lecciones americanas

CÉSAR
CANSINO



La democracia estadounidense no sólo se revitaliza, sino que vuelve a convertirse, igual que hace dos siglos, en el referente democrático para el resto del mundo, pésele a quien le pese

Por muchas razones, las pasadas elecciones en EU constituyen un auténtico parteaguas en la historia de la democracia en Occidente y marcan una pauta a seguir en el futuro. Más aún, con el tiempo se hablará de la democracia en el mundo antes y después de estos comicios, pues a partir de ahora la democracia —forma de gobierno y forma de sociedad— se revaloriza y resignifica en sus contenidos y posibilidades, después de décadas de cuestionamientos en todas partes que la hacían aparecer agotada y distante de los ciudadanos, como si con ella no pasara nada.

No por casualidad la literatura especializada había introducido todo tipo de calificativos para referirse a la crisis de representación de las democracias modernas y al creciente desencanto social que generaba, nociones de “posdemocracia”, “democracia delegativa”, “democracia posliberal”, entre otras. Y justo en ese contexto de desilusión, la democracia estadounidense no sólo se revitaliza, sino que vuelve a convertirse, igual que hace dos siglos, en el referente democrático para el resto del mundo, en el nuevo *ethos* democrático, pésele a quien le pese. Ninguna democracia en el futuro podrá abstraerse de la experiencia estadounidense si es que aspira a estar a la altura de los nuevos tiempos.

En primer lugar, las elecciones del martes pasado reconciliaron a los ciudadanos de EU con la democracia no sólo por la impresionante convocatoria que tuvieron, sino porque propiciaron en las urnas un cambio trascendental que sólo con el tiempo podrá evaluarse en toda su magnitud. Un cambio cultural y de mentalidades imposible de imaginar hace sólo 20 años, producto de la madurez de un pueblo que de un golpe se sacudió siglos de resabios raciales y discriminaciones étnicas y optó por demoler la última frontera que le faltaba demoler a la democracia para hacer valer en los hechos el valor de la igualdad política que la define. Que Barack Obama, perteneciente a una minoría racial largamente oprimida y discriminada como la afroestadounidense, llegue a la Casa Blanca mediante el voto de las mayorías constituye una lección de civilidad, sabiduría y tolerancia activa que no han mostrado hasta ahora otras naciones igualmente avanzadas.

En segundo lugar, para los denostadores del imperio que cuestionan el “fundamentalismo americano” como algo nocivo para el mundo, similar al fundamentalismo islámico, porque también mata, oprime e impone su ley —no en nombre de Alá, pero sí de la libertad y la democracia—, las elecciones muestran que el único fundamento de la democracia es que no tiene fundamento, que los valores que articulan a una sociedad y los contenidos de esos valores no están dados de una vez y para siempre, sino que se definen y redefinen permanentemente en el espacio público, en el lugar de encuentro de individuos al mismo tiempo diferentes e iguales; o sea, que compete a los ciudadanos instituirlos socialmente desde la pluralidad de sus inquietudes y anhelos.

Si hace cuatro años había un pueblo necesitado de seguridad después del trauma terrorista, ahora hay un pueblo que desafía su pasado y su futuro, que no sólo acepta y reconoce la multiculturalidad de nuestro mundo, sino que la revaloriza e instituye electoralmente, algo de lo que no pueden jactarse quienes se afirman en su identidad negando a los diferentes, a los que no piensan igual, llámese el islam, los altermundistas o los fanáticos de cualquier credo.

En tercer lugar, visto desde América Latina, las elecciones en EU desnudan a nuestras democracias en todas sus limitaciones y contradicciones. La principal lección que nos deja EU es que, en un juego de palabras, la democracia es ciudadana o no es democracia y la ciudadanía es democrática o no es ciudadanía. Todas nuestras naciones presentan serios déficit en ambos aspectos. La democracia sólo puede ser ciudadana cuando el Estado garantiza en los hechos los derechos humanos, civiles y políticos a todos por igual, sin discriminaciones, exclusiones o vejaciones, algo aún incompleto entre nosotros. Y la ciudadanía sólo puede ser democrática cuando es autolimitada y tolerante, cuando los ciudadanos aceptan hasta sus últimas consecuencias la diversidad social y no tratan a toda costa de imponer su voluntad a los que piensan o son distintos, algo también incipiente entre nosotros.

cansino@cepcom.com.mx

Director del Centro de Estudios de Política Comparada

